

de las retiradas, porque pensaba á semejanza de Federico que la mejor defensiva es la ofensiva, tan grande mostróse en las guerras infaustas como en las venturosas. En unas y otras conservó el mismo carácter de energía, de audacia, de rapidez en divisar el punto donde convenia descargar el golpe, y repetimos que, al sucumbir al cabo, no sucumbió el militar en su persona, sino el político que habia acometido lo imposible con aspirar á superar la naturaleza insuperable de las cosas.

No fué Napoleon menos notable en la organizacion de los ejércitos que en la direccion general de las operaciones y en las batallas.

Así antes de su aparicion los generales de la república distribuian sus ejércitos en divisiones compuestas de todas las armas, infantería, artillería, caballería, y á lo sumo se reservaban una division intacta, compuesta como las otras, á fin de atajar los golpes imprevistos. Cada uno de los lugartenientes daba por sí solo una batalla aislada, y el papel del general en jefe consistía en socorrer á aquel que experimentaba mayor urgencia. Así se podian evitar derrotas y hasta ganar batallas, pero nunca batallas contundentes, tras de las cuales una potencia se hallaba reducida á deponer las armas. Con la persona de Napoleon debia cambiar la organizacion de los ejércitos y de forma de dejar en manos del que todo lo dirigia los medios de decidirlo todo.

Con efecto, su ejército se dividia en cuerpos de tropas, cuyo grueso formaba la infantería, con una porcion de artillería para darle apoyo, y otra porcion de caballería para las descubiertas, pero además de la infantería de la Guardia, que era su

reserva de siempre, se habia proporcionado masas de caballería y de artillería, que á semejanza del rayo fulminaba en el momento decisivo. Pareciendo en Eylau inquebrantable la infantería rusa, sobre ella lanzaba sesenta escuadrones de dragones y de coraceros, y así abria una brecha, que no se cerraba posteriormente. Siendo causa Bernadotte de que en Wagram la línea francesa quedase rota, con cien bocas de fuego detenia al centro victorioso del archiduque Carlos, y restablecia el combate, que Davout terminaba con apoderarse de la planicie de Wagram al cabo. Por esto aparte de la Guardia habia compuesto dos reservas, una de gruesa caballería, y otra de artillería de gran calibre, que eran como la clava de Hércules en su mano. Pero la mano de Hércules se requiere para la clava, y con un general de menor talla que Napoleon hubiera tenido esta organizacion el inconveniente de privar á menudo á hábiles lugartenientes de armas especiales de que supieran sacar partido, para concentrarlos en las manos de un jefe incapaz de servirse de ellas. Así casi todos los generales del ejército republicano del Rhin, acostumbrados á obrar cada uno por su parte casi con independencia absoluta, y por tanto á reunir una porcion bastante de todas las armas, echaban de menos el método antiguo, lo cual equivale á decir que echaban de menos un estado de cosas, que les dejaba mayor importancia á trueque de disminuir el resultado del conjunto.

Pero la organizacion no consiste únicamente en bien distribuir las diversas partes de un ejército sino en su reclutamiento y su mantenimiento. Bajo este aspecto, portentoso fué el arte acredita-



do por Napoleón para llevar los conseritos desde sus hogares á las márgenes del Rhin, de las márgenes del Rhin á las del Elba, y luego del Vistula, y despues del Niemen, reuniéndolos en los depósitos, vigilándolos con esmero extremado, no dejándoles escapar casi nunca, y llevándolos así como de la mano al campo de batalla. Esto se debia á su memoria infalible de los pormenores, á su discernimiento profundo de los descuidos ó de las infidelidades de los agentes subalternos, á su atención continua en ponerlos coto, á su fuerza de voluntad infatigable, á su trabajo á que aplicaba á menudo las noches, cuando habia pasado el día á caballo. Y á pesar de todos estos esfuerzos, frecuentemente se veian cubiertos los caminos de soldados desbandados, dando así testimonio de una sola cosa, esto es, la violencia hecha á la naturaleza, al trasladar á los hombres desde las márgenes del Tajo hasta las del Volga.

A estas diversísimas tareas del general en jefe aun hay que añadir la muy dificultosa de dominar los elementos, para cruzar montañas cubiertas de nieve, rios anchurosos y de rápido curso, y aun el mar en ocasiones. La antigüedad ha legado á la admiración del mundo el paso de los Pirineos y de los Alpes llevado á cabo por Anibal, y la verdad es que los hombres no han dado cima á nada más grande, ni aun quizá tanto. Pero el paso del San Bernardo, el transporte del ejército á Egipto por entre las escuadras inglesas, los preparativos de la expedición de Buloña, y finalmente el paso del Danubio por Wagram, magnas operaciones son que la posteridad no admirará menos. Sobre todo la última será perpétuo asunto de asombro. Con-

sistiendo á la sazón la dificultad en ir á buscar al ejército austriaco más allá del Danubio para dar batalla, y en cruzar este anchuroso rio con ciento cincuenta mil hombres á la vista de doscientos mil enemigos, que aguardaban á los franceses para precipitarlos en las olas, sin que fuera posible evitar el encuentro yendo más arriba ó más abajo de Viena, porque en el primer caso se avanzaba extremadamente, y en el segundo se retrocediera de sobra, semejante dificultad fué superada de un modo que mueve á maravilla. A la vuelta de tres horas ciento cincuenta mil hombres y quinientas bocas de fuego cruzaron delante del enemigo asombrado, que no pensó acometerlos sino cuando ya hubieron saltado á la orilla izquierda, y se hallaban en aptitud de hacerles frente. Por extraordinario que sea el paso del San Bernardo, mucho dista de igualar el paso de los Alpes por Anibal; pero el paso del Danubio en 1809 iguala á todas las operaciones intentadas para vencer el poder combinado de la naturaleza y de los hombres y quedará por siempre como un fenómeno de prevision profunda en el cálculo, y de audacia tranquila en la ejecución.

Finalmente sobre el genio militar de Napoleón no se diria todo, si no se añadiera que á las más diversas dotes del entendimiento juntaba el arte de dominar á los hombres, de comunicarles sus pasiones, de avasallarlos como un gran orador avasalla á su auditorio, ora para contenerlos, ora para dispararlos, ora para reanimarlos si estaban abatidos, y en fin sujetándolos siempre, á la manera que un jinete hábil sujeta á un caballo duro de boca. Por consiguiente no le faltó parte alguna



del espíritu y del carácter necesarios á un capitán verdadero, y bien se puede sostener que probablemente no tendría igual en el mundo, si Aníbal no hubiera existido.

Así resumiendo cuanto hemos dicho acerca de los progresos de la gran guerra, repetiremos que en la antigüedad la elevaron dos hombres al más alto grado, Aníbal y César; que no obstante, embarazado César por la costumbre de acampar de noche mostró menor osadía en los movimientos, menos fecundidad de recursos, y menos tesón que Aníbal en todas las fortunas; que durante la edad media, aun siendo admirable jefe de imperio, Carlomagno no nos dá la verdadera idea del gran capitán, á causa de ser demasiado grosero el arte por entonces; que á la sazón el hombre de guerra estuvo casi siempre á caballo, apenas ayudado por algunos arqueros; que la infantería comenzó con el desarrollo de las clases medias en el seno de las ciudades; que primeramente apareció en las montañas de Suiza, y luego en las ciudades alemanas, italianas y holandesas; que, habiendo derribado la pólvora las murallas salientes, las ciudades hundieron sus defensas en la tierra; que entonces tuvo una el arte sutil de la fortificación moderna; que la guerra sabia y atrevida, la gran guerra en suma, tornó á aparecer en el mundo alrededor de las ciudades, ora para su toma, ora para su socorro; que los Nassaus fueron sus primeros maestros, y en ella acreditaron eminentes cualidades y una constancia por siempre famosa; que, sin embargo tímida quedó todavía como encadenada alrededor de las plazas; que, habiéndose empeñado á la parte del Norte entre protestantes y católicos una san-

grienta lucha que duró treinta años, Gustavo Adolfo opuso un pueblo denodado y sólido á la caballería polaca, y así logró que hiciera nuevos progresos la infantería; que arrastrado á Alemania hizo la guerra de un modo más atrevido, no circuncribiéndola tanto como los Nassaus en torno de las plazas; que en Francia antes que otro alguno manifestó Condé el verdadero genio de las batallas, á causa de la feliz mezcla de espíritu y de audacia, á la par que Turenna el verdadero genio de los grandes movimientos; que sin embargo no maniobraba bien la infantería dividida en mosqueteros y piqueros; que dotándola Vauban con el fusil de bayoneta hizo posible su formación en tres filas; que encargado el príncipe de Anhalt Dessau de la instrucción del ejército prusiano constituyó el batallón moderno, que suministra muchos disparos y les presenta poco blanco; que hallándose Federico á la mano con tal instrumento, y teniendo que luchar en las fronteras de Silesia y de Bohemia, cambió el orden de la batalla clásica y fué el primero en adaptar las armas al terreno; que obligado á hacer cara ora á los austriacos, ora á los rusos, ora á los franceses, ensanchó el círculo de las grandes operaciones, y así figuró como autor de dos progresos considerables en el arte de la guerra; que despues vino la revolucion francesa, la cual no teniendo sino masas populares contra la Europa coaligada, por el número y el empuje resistió á los ejércitos antiguos; que la infantería, expresion del desarrollo de los pueblos, definitivamente ocupó su lugar en la táctica moderna, sin que las armas sabias perdieran el suyo; que finalmente un hombre extraordinario, de espíritu profundo y extenso, de



carácter audaz como la revolución francesa de que era producto, elevó el arte de la gran guerra á su perfección meditando profundamente sobre la configuración geográfica de los países donde iba á emprender las operaciones, eligiendo siempre á maravilla el punto donde habia de situarse para descargar los golpes decisivos, juntando el arte de los movimientos generales al de bien combatir sobre cada terreno, buscando siempre ó en el territorio ó en la situación del enemigo la ocasión de sus grandes batallas, no vacilando en darlas nunca, por ser consecuencia de sus movimientos generales, y componiéndose en suma de modo que cada una traia en pos la ruina de un imperio, lo cual produjo en su persona la mas peligrosa de las embriagueces, la de la victoria, el deseo de la monarquía universal y su caída, de forma que este sensato legislador, este hábil administrador, este gran capitán fué pésimo político á causa de estas mismas superioridades, porque, perdiendo la razón en el seno de la victoria, de triunfo en triunfo al cabo fué á parar en un abismo.

Ahora, si se le compara á los grandes hombres, émulos suyos, no bajo el aspecto especial de la guerra, sino bajo el aspecto mas general de los talentos y los destinos, aun resulta el espectáculo más vasto, más moral y más instructivo. Con efecto, si se atiende á la importancia de los sucesos, á la emoción causada entre los hombres, á la influencia ejercida sobre el mundo, para hallarle semejantes hay que ir á buscar á Alejandro, Aníbal, César, Carlomagno, Federico, y colocando su fisonomía al lado de estas poderosas figuras, se llega á formar una idea á la par más puntual y completa.

Alejandro heredando el ejército de su padre, nutrido con el saber de los griegos, apasionado por sus aplausos, se lanza al Asia, no halla que combatir más que la debilidad persa, y prosigue el avance hasta llegar á los límites del mundo entonces conocido. Hasta el mar Indico fuera sin duda á no detenerle sus soldados. Constrañido á la vuelta, no abriga más que un deseo, el de volver á comenzar sus aventureras correrías. No piensa en su patria, la cual no ha menester de tantas conquistas, sino en la gloria de haber recorrido triunfante el universo. Su pasión dominante es la fama, reconocida y aplaudida en Atenas. Generoso y hasta bueno mata á su amigo Clito y á sus mejores lugartenientes Filotas y Parmenion, porque su imprudente lengua ha tocado á su gloria. Su objeto único es la fama, objeto el más vano de cuantos hayan estimulado á los grandes hombres, y cuando luego de haber dejado reposar á su ejército se va nuevamente á lanzar en pos de este objeto único de sus afanes, embriagado por las delicias de Asia, sobre la púrpura y entre la crápula halla la muerte. A la posteridad ha seducido con su heroico donaire, pero no hay una vida más inútilmente ruidosa que la suya, pues no llevó la civilización griega más allá de la Jonia y la Siria, donde ya reinaba desde antes, y dejó el mundo griego sumido en la anarquía, y tan solo apto para recibir la conquista romana. Moralmente se querria mejor ser el sensato y hábil Filopemen, que á la verdad no metió tanto ruido, si bien prolongó algunos dias la independencia de la Grecia.

Al lado de esta vida, tan llena y tan vacía al mismo tiempo, véase otra vida la más vasta, la



más transcendental y la más enérgica que hubo nunca; la de Aníbal. Este mortal, á quien Dios otorgó todos los dones del entendimiento y del carácter, y el más adecuado que se hubiese visto jamás para las grandes cosas, al mundo vino de una familia de viejos capitanes, todos muertos con las armas en la mano por defender á Cartago. Su alma es una especie de metal forjado en el foco ardiente de los odios que Roma excitaba en torno. A la edad de nueve años sale de Cartago con su padre, y va adonde iban todos los suyos, á vivir y á morir peleando contra los romanos. Sus juegos son la guerra. Aun niño duerme sobre los campos de batalla, se forma un cuerpo insensible al dolor, un alma inaccesible al miedo, un espíritu que ve claro en medio del tumulto de los combates, como otros en el más perfecto reposo. Habiendo muerto su padre y también su cuñado, con las armas en la mano uno y otro, el ejército cartaginés le pide por caudillo á la edad de veinte y dos años, y se le impone por decirlo así al senado de Cartago, celoso de la gloria de la familia de los Barcas. Así que toma el mando, al ejército forma á imagen suya, esto es, lleno de osadía y de constancia, y especialmente de odio contra los romanos, lo conduce á través de Europa, tan desconocida entonces como el centro de Africa es desconocido actualmente, se atreve á pasar los Pirineos y despues los Alpes con ochenta mil hombres, de los cuales pierde las dos terceras partes en travesía tan extraordinaria, y guiado por el pensamiento profundo de que á Roma hay que combatirla en la misma Roma, en su contra llega á sublevar á sus súbditos italianos mal sometidos. Se lanza

sobre los generales romanos, les fuerza á salir de su campamento, picando la bravura del uno, la vanidad del otro, los abruma sucesivamente, y de todos triunfara de fijo, si al cabo no hallara un adversario digno de su persona; Fabio, anheloso de que á este gigante no se opongán batallas, en las cuales se muestra invencible, sino la verdadera virtud de Roma, que es la perseverancia. Echando Aníbal de ver que se ha engañado al contar con los galos, bulliciosos si bien inconstantes á semejanza de los bárbaros todos, conociendo que Roma es intomable, se decide á ir al Mediodía de Italia, donde habia una civilizaci6n rica y consistente en ciudades todas gobernadas á imagen de Roma, esto es, por senados, á los cuales miraba el pueblo de mal ojo. Al partido aristocrático derriba en todas partes, sin embargo de pertenecer personalmente á la aristocracia, da el poder al partido democrático, centro de su imperio hace á Cápua, y no se duerme allí, como se ha dicho, en las delicias que no sabe gustar de ningun modo, sino que toma descanso, rebace su ejército enflaquecido, allega las riquezas del país con el fin de sustentarlo, y abandonado por su naci6n cobarde, llamando al mundo entero en su ayuda, extendiendo la guerra á la Grecia, al Asia, de continuo destruye á las fuerzas enviadas en su contra, y se mantiene doce años en su conquista, hasta el punto de hacer que los romanos consideren su presencia en Italia como un mal sin remedio. Pero llega un día en que los romanos llevan á su turno la guerra bajo los muros de Cartago, y vuelto á llamar entonces, con un ejército medio destruido lucha contra el ejército romano ya rehecho, y su ya



antigua fortuna es vencida por otra fortuna naciente, la de Escipion, segun la ordinaria sucesion de las cosas humanas. De vuelta en su patria aspira a reformarla para hacerla capaz de volver a empezar la lucha contra los romanos. Denunciado por aquellos de quienes ataca los abusos, se huye a Oriente, allí trata de despertar la debilidad de los Antiochos, y allí es seguido por el odio de Roma, y cuando ya no puede sostener la lucha se traga un veneno, y muere el último de su heroica familia, porque todos sucumbieron a semejanza suya en la misma obra, obra santa, la de la resistencia a la dominacion extranjera. Contemplando a este mortal admirable, dotado de todos los genios, de todos los valores, se le busca una flaqueza, y no se le encuentra ninguna. Una pasion personal como los placeres, el lujo, la ambicion, se le busca en vano, pues solo se le halla la del odio a los enemigos de su patria. De avaricia y de crueldad le acusa el romano Tito Livio. Efectivamente Anibal acumuló pingües riquezas, pero no gozó de ninguna, y en pagar a su ejército gastólas todas; se componia de soldados estipendiados, y es el único ejército mercenario no sublevado nunca, contenido como estaba por su genio, y por la prudente distribucion que hacia de las presas de la victoria. Verdad es que envió a Cartago muchos celemines de anillos de caballeros romanos inmolados por la espada cartaginesa, pero no se hace mencion de un solo acto de barbarie fuera del campo de batalla. Así las acusaciones del historiador romano vienen a ser verdaderas alabanzas, y lo que la posteridad ha dicho y repetirán las generaciones más remotas es que ofrece el más noble espectáculo que

pueden presentar los hombres; el del genio exento de todo egoismo, y no abrigando más pasion que la del patriotismo, de que es mártir glorioso.

Ahora véase otro mártir no del patriotismo, sino de la ambicion, raro mortal, lleno de atractivo, si bien cargado de vicios, y delincuente de atentados horribos contra la constitucion de su patria; este mortal es César, el tercero de los hombres prodigiosos de la antigüedad. Nacido con todos los talentos, valeroso, altivo, elocuente, elegante, pródigo y siempre sencillito, aunque sin cuidarse del bien y del mal para nada, solo tiene un pensamiento el de triunfar donde fracasaron Sila y Mario, en suma el de figurar en su país como soberano. Alejandro quiso conquistar el mundo conocido; Anibal quiso impedir la conquista de su patria; César no quiere conquistar más que a Roma, que ha conquistado casi todo el universo. Para esto hace uso de todas las artes, hasta las más viles, excepto la crueldad, no por bondad de corazón, sino por profundidad de cálculo, y para no traer a la memoria de las imaginaciones sobresaltadas las proscripciones de Mario y de Sila. Aspirante a los cargos de edil, de pretor, de pontífice, contrae deudas enormes para comprar los votos de sus conciudadanos. A las mujeres corrompe y a los maridos de igual modo que ha tratado de corromper al pueblo. A todos los medios de corrupcion trata de añadir las seducciones más elevadas del talento, y llega a ser el más perfecto entre los oradores romanos. Delicia y escándalo de Roma, ya no puede vivir allí al poco tiempo. Entonces coaliga al avaro Craso, al vanidoso Pompeyo, cuya debilidad rige a su antojo, y se hace adjudicar las Galias, co-



marca única donde queda algo por conquistar dentro de los límites naturalmente señalables al imperio romano. Y conquista no por engrandecer á su patria, que no lo necesita de ningún modo, sino por crearse soldados adictos, por adquirir caudales con que pagar sus deudas y las de sus codiciosos partidarios. Guerrearando durante el verano, intrigando durante el invierno, desde sus cuarteles de Milan maneja la vanidad de Pompeyo y la avaricia de Craso, por espacio de diez años domina así los negocios romanos, y finalmente cuando, ya muerto Craso en Asia, nadie queda entre su persona y la de Pompeyo para amortiguar el choque de las ambiciones, primeramente ensaya la astucia á fin de retardar una lucha, de cuyo peligro está muy al tanto, y luego no pudiéndola evitar de ningún modo cruza el Rubicon y marcha contra Pompeyo, cuyas legiones estaban en España, le empuja de Italia al Epiro, á la sazón abandona *un general sin ejército para correr á un ejército sin general*, según lo ha dicho grandemente, y va á disolver en España las legiones de Pompeyo mandadas por Afranio, de seguida torna al Epiro, allí lucha contra el mismo Pompeyo, y termina la disputa del poder supremo en Farsalia. Tanto en Africa como en España aun le queda por combatir á los restos del partido de Pompeyo; y destruye á unos tras otros, y va á triunfar á Roma de todos sus enemigos, y á erigir esa gran cosa que se denomina el imperio romano, si bien da lugar á que le asesinen los republicanos por haber querido poner el nombre á la cosa demasiado pronto. Así los medios como el fin son perversos en la vida de este grande hombre, y sin embargo hay que reconocerle el

mérito de haber aspirado á sustituir á la república el imperio, no por la sangre como Sila y Mario, sino por la corrupcion bien adaptada á las costumbres de Roma, y por el talento bien adaptado á su genio; y el rasgo particular de este personaje extraordinario, gran político, gran orador, gran guerrero, gran libertino sobre todo, y clemente en fin sin bondad, será siempre el de haber figurado como el mortal más completo que ha aparecido sobre la tierra.

Ahora, para hallar hombres de parecida talla es necesario volver muchas páginas del vasto libro de la historia, es necesario pasar por entre muchos siglos hasta llegar al nono, donde entre el mundo antiguo y entre el mundo moderno se nos presenta Carlomagno.

Indudablemente en el seno de la civilización y de su variadisima sabiduría, tan atractiva, tan fecunda, en que la afición al saber nace del saber mismo, se hallan mortales enamorados de las letras y de las ciencias, amándolas por su valor propio y su utilidad notoria, comprendiendo que por ellas marcha todo, la nave sobre los mares, el carro sobre las ruedas, que por ellas reina la justicia y la fuerza es en su apoyo, que por ellas, en fin, la sociedad humana es grata y atractiva, y dulce de habitar y segura, y esto es natural y no se debe tener á milagro. ¿Qué ojos no amarían la luz después de haberla visto? Pero que en el seno de una oscuridad densa, ojos que no vieron la luz nunca, la presientan y la amen y la busquen y la encuentren y traten de difundirla, este es un prodigio digno de la admiración y del respeto de los hombres. Carlomagno ofrece este prodigio al universo.



Bárbaro y nacido en medio de bárbaros, que del clero habían recibido algunas partículas de la antigua ciencia, se prenda con el más noble ardimiento de lo que llamamos civilización y por sí llamaba con otro nombre, si bien la amaba tanto como nosotros y por las mismas razones. Por entonces la civilización era el cristianismo. A la sazón ser cristiano era ser verdaderamente filósofo, amigo del bien, de la justicia, de la libertad de los hombres. Por todos estos motivos Carlomagno vino á ser cristiano ferviente, y quiso hacer que el cristianismo prevaleciera en el mundo bárbaro y entregado á la fuerza bruta y al más grosero sensualismo. En lo interior de aquella Francia inculta y sin límites definidos, el Nordeste ó *Austrasia* se hallaba en lucha con el Sudoeste ó *Neustria*, y uno y otro con el Mediodía ó *Aquitania*. De fuera aquella Francia estaba amenazada de nuevas invasiones por los bárbaros del Norte llamados sajones, por los bárbaros del Sur llamados moros, y unos y otros paganos ó punto menos. Si una mano robusta no llegaba á poner un dique, ora á la parte del Norte, ora á la parte del Mediodía, se podía venir abajo el edificio de los francos empezado apenas, de nuevo podían ser lanzados todos los pueblos unos sobre otros, una vez más se podía desbordar el torrente de las invasiones y arrastrar consigo las semillas de la civilización recién esparcidas sobre la tierra. Carlomagno, cuyo padre y cuyo abuelo habían comenzado esta obra de consolidación, la prosiguió y llevó á remate. No cabe decir si fué gran capitán ni si había posibilidad de serlo en su siglo. Capitan era entonces el que con el hacha de armas en la mano, á semejanza de

Pipino y de Carlos Martel, se hacia seguir por gentes de guerra, conduciéndolas más lejos que los demás por entre las apiñadas filas del enemigo. Educado por tales padres, Carlomagno sin duda no era menos valiente que ellos; pero hizo más que pelear como soldado á la cabeza de tan groseras tropas, como que durante veinte años rigió su ciega bravura, con miras firmes, prudentes y muy deliberadas. Bajo su mano reunió la Austrasia, la Neustria, la Aquitania, esto es, la Francia; despues repeliendo á los sajones al Norte, persiguiéndolos hasta que se hicieron cristianos, único modo de civilizarlos y de desarmar su ferocidad por entonces, arrollando al Sur á los sarracenos sin pretensión de avasallarlos, porque hasta Africa necesitara hacer punta, deteniéndose euadamente junto al Ebro, fundó, sostuvo, gobernó un imperio inmenso, sin que se le pudiera acusar de ambición desordenada, pues en aquel tiempo no había fronteras, y si este imperio demasiado extenso para el genio de sus sucesores no podía permanecer bajo una sola mano, á lo menos permaneció bajo unas mismas leyes, bajo una misma civilización aunque bajo príncipes diversos, y vino á ser no menos que Europa. Manteniendo por espacio de cerca de medio siglo este vasto imperio por la fuerza aplicada con perseverancia infatigable, se consagró durante el mismo tiempo á hacer allí reinar el orden, la justicia, la humanidad, tales como se podían entender entonces, empleando, ora las asambleas nacionales, que juntaba dos veces al año en torno suyo, ora el clero que figuraba como su gran instrumento de civilización, y finalmente, sus representantes directos, sus famosos *missi dominici*, agentes de



su incansable vigilancia. Sabiendo que las buenas leyes son necesarias, pero que sin educacion las costumbres no vienen en apoyo de las leyes, por todas partes erigió escuelas, donde hizo que circulase, no el saber moderno, sino el saber de entonces, porque de estas fuentes públicas no podía hacer que manaran más aguas que las que tenía á su alcance. Mezclándose á sus laboriosas virtudes algunas flaquezas, derivadas, por decirlo así, de la excelencia de su corazon, rodeado de su numerosa prole, establecido en sus palacios que eran suntuosas casas de campo, morando allí como rey dulce y amable, tanto como sensato y profundo, fué más que un conquistador y un capitán, pues figuró cual modelo acabado de gefe de imperio, amante de los hombres, digno de ser amado por ellos, constantemente aplicado á colmarles de beneficios, y habiéndoles hecho acaso más que ningun soberano de cuantos han reinado sobre la tierra. ¡Después de las terribles figuras de los Alejandros y de los Césares, que trastornaron el mundo, harto más para difundir su gloria que para derramar beneficios, con cuánto deleite se contempla esta figura benévola, majestuosa y serena, siempre aplicada al estudio ó á la felicidad de los hombres, y en que no se retrata una sola pesadumbre, á no ser al fin de sus dias el de entrever los formidables esquifes de los normandos, cuyos estragos prevé de sobra, sin que le alcance el tiempo para ponerles coto! ¡Tan cierto es que aqui abajo no hay ninguna carrera completa, ni aun la más vasta y más llena, que no hay ninguna vida venturosa hasta el cabo, ni aun la que haya sido más merecedora de la ventura!

Viniendo hácia los tiempos modernos no se divisan estas figuras colosales, ora porque la proximidad disminuye los prestigios, ora porque á medida que se regulariza el mundo deja menos lugar para las existencias extraordinarias. Carlos V con su profundidad y su tristeza, Enrique IV con su seducción y su política fina, los Nassaus con su constancia, Gustavo Adolfo, vencedor con tan pocos soldados del germánico imperio, Cromwell, asesino de su rey y dominador de la revolucion inglesa, Luis XIV con su majestad y su buen sentido, no se elevan á la altura de las figuras gloriosas de que hemos tratado de hacer un bosquejo. Menester es llegar á dos hombres, Federico y Napoleon, á quienes el doble esplendor del talento y del genio militar coloca, al primero bastante cerca y al segundo del todo á nivel de los grandes hombres de la antigüedad. Federico, excéptico, burlon, gefe coronado de los filósofos del siglo décimo octavo, despreciador de todo lo más respetable del mundo, mofándose hasta de sus mismos amigos, predestinado en cierto modo para desafiar, insultar, humillar el orgullo de la casa de Austria y del antiguo órden de cosas de que era representante, atreviéndose en el seno de la Europa bien asentada, y donde era tan difícil cambiar el puesto de cada uno, á emprender la creacion de una nueva potencia, cabiéndole el honor de lograr su designio luchando solo contra todo el continente, merced sin duda á la frivolidad de las córtes de Francia y de Rusia, merced tambien al espíritu estrecho de la córte de Austria, y tras de hacer la guerra durante veinte años, manteniendo con la política más profunda la paz del continente, hasta desmembrar con



audacia la Polonia, sin verse obligado á disparar un cañonazo, Federico es una figura original y sorprendente, á la cual no obstante falta grandeza mas bien que grandes acciones, ora porque Federico no hizo más en suma que cambiar en lo interior de la Confederacion germánica la proporcion de las fuerzas, ora porque esta figura burlesca no tiene la dignidad formal que impone á los hombres.

¡Grandezal No es esto lo que falta al que le sucedió y sobrepujo en la admiracion y el estrago del mundo. Reservado estaba á la revolucion francesa, llamada á cambiar la faz de la civilizacion de Europa, lo de producir un hombre que atrajera tanto la atencion como Carlomagno, César, Anibal y Alejandro. A este no le faltan la grandeza del papel, ni la inmensidad de los trastornos, ni el brillo y la extension y la profundidad del genio, ni la seriedad del talento, para sorprender, excitar y dominar la atencion del género humano. Este hijo de un noble corso, que viene á pedir á la antigua monarquía la educacion dada en las escuelas militares á la nobleza pobre, que apenas salido de la escuela adquiere en un sangriento motin el titulo de general en jefe, de seguida pasa del ejército de Paris al ejército de Italia, conquista á la vuelta de un mes la comarca esta, atrae á sí y destruye sucesivamente á todas las fuerzas de la coalicion europea, la arranca la paz de Campo-Formio, y ya demasiado grande para vivir al lado del gobierno de la república, va á Oriente en busca de nuevos destinos, pasa con quinientas velas por entre las inglesas escuadras, conquista á Egipto como al vuelo, y piensa en conquistar la India siguiendo el camino de Alejandro, y vuelto de sú-

bito á Occidente de resultas de la renovacion de la guerra europea, despues de tratar de imitar á Alejandro, imita é iguala á Anibal cruzando los Alpes, destroza de nuevo á la coalicion y la impone la magnífica paz de Luneville, este hijo del pobre noble corso ha andado ya una carrera bien extraordinaria á la edad de solos treinta años! Pacifico por algun tiempo, con sus leyes asienta las bases de la sociedad moderna, luego se deja arrastrar por su genio desasosegado, nuevamente se las há con Europa, la somete en tres jornadas, Austerlitz, Jena, Friedland, derriba y restaura los imperios, se ciñe á las sienes la corona de Carlomagno, ve á los reyes brindarle con su hija, elige la de los Césares, en la cual tiene un hijo al parecer destinado á llevar la corona más brillante del universo, de Cádiz se traslada á Moscou, sucumbe en la mayor catástrofe de los siglos, rehace su fortuna, la deshace de nuevo, es confinado á una pequeña isla, de allí sale con algunos centenares de soldados fieles, en veinte dias reconquista el trono de Francia, otra vez lucha contra la Europa exasperada, por vez postrera sucumbe en Waterlóo, y despues de haber sostenido mayores guerras que las del imperio romano, habiéndolo nacido en una isla del Mediterraneo va á morir en una isla del Océano, atado como Prometeo á una roca por el odio y el miedo de los reyes, este hijo del pobre noble corso bien hizo en el mundo la figura de Alejandro, de Anibal, de César y de Carlomagno! Genio tiene tanto como el que más de ellos: ruido hizo tanto como el que más trastornó el universo: sangre vertió desgraciadamente más que otro alguno. Moralmente vale menos que los mejores de estos grandes hombres, y



más que los peores. Su ambición es menos vana que la de Alejandro, menos perversa que la de César, aunque no tan respetable como la de Aníbal, que se consume y mueve por evitar á su patria la desdicha de ser conquistada. Su ambición es la ambición común de los conquistadores, que aspiran á dominar en una patria engrandecida por ellos. No obstante ama á Francia, y con la grandeza de la nación goza tanto como con la suya propia. En el gobierno ama el bien, á su consecución va como déspota, aunque sin la perseverancia ni la religiosa aplicación de Carlomagno. Bajo el aspecto de la diversidad de los talentos es menos cabal que César, que obligado á seducir á sus conciudadanos antes de ponerlos en vasallaje, se aplicó á persuadirles como á pelear en los campos de batalla, y alternativamente supo hablar, escribir, obrar, permaneciendo siempre sencillo. Al revés, Napoleón, llegado de súbito á la dominación por la guerra, no necesita ser orador, y á pesar de hallarse dotado de natural elocuencia quizá no lo llegara á ser nunca, porque jamás se tomara el trabajo de analizar pacientemente su pensamiento delante de hombres reunidos, pero con todo sabe escribir como sabe hablar, con vigor y grandeza y hasta con esmero, á veces peca algo de declamador como la revolución francesa, su madre, discute con mayor pujanza que César, pero no narra con su sencillez suprema, ni con su naturalidad exquisita. Inferior al dictador romano bajo el aspecto del conjunto de las cualidades, le aventaja como militar ante todo por su mayor especialidad en la profesión de las armas, y además por la audacia, la profundidad, la fecundidad inagotable de las combinaciones, bajo

cuyo aspecto no tiene mas rival ó superior que Aníbal, por ser tan audaz, tan calculador, tan astuto, tan fecundo, tan terrible, tan tenaz como el general cartaginés, teniendo una superioridad sobre éste, la de los siglos. Con efecto, llegado después de Aníbal, de César, de los Nassaus, de Gustavo Adolfo, de Condé, de Turena, de Federico, le fué posible elevar á su último término el arte. Por lo demás, de la balanza de Dios se necesitaria para pesar á tales hombres, y cuanto cabe hacer se reduce á trazar los rasgos mas pronunciados de sus imponentes fisonomías.

Napoleon tiene títulos que no deben desconocer ni olvidar los franceses, cualquiera que sea el partido á que su nacimiento, sus convicciones ó sus intereses les hayan afiliado. Sin duda al organizar su estado social con el Código civil, la administración con sus reglamentos, no les dió la forma política bajo la cual su sociedad habia de reposar definitivamente y de vivir pacífica, y próspera, y libre; no les dió la libertad, que todavia les deben sus herederos; pero al dia siguiente de las agitaciones de la revolución francesa no les podia proporcionar más que el orden, y hay que agradecerle que á la par del orden les diera su estado civil y su organización administrativa. Por desgracia de Napoleón y de los franceses les hizo perder su grandeza, más les dejó la gloria, que es la grandeza moral, y produce la grandeza material al cabo de tiempo. Lo que es por su genio estaba cortado para Francia, al modo que Francia estaba cortada para su persona. Ni Napoleón sin el ejército francés, ni el ejército francés sin Napoleón, hubieran hecho lo que juntos llevaron á remate.



Autor de los desastres de los franceses, si bien compañero de sus proezas, le deben juzgar severamente, más conservándole los sentimientos que un ejército debe al caudillo que por largo tiempo le ha conducido á la victoria. Estudien sus altos hechos como que también son propios; aprendan en su escuela si son militares, el arte de conducir á los soldados; si son hombres de Estado el arte de administrar los imperios; saquen especialmente instruccion de sus faltas, aprendan evitando su ejemplo á amar la grandeza moderada, la que es posible, la que es duradera por no ser insostenible para los demás, y aprendan moderacion en suma ante este hombre el más inmoderado de todos. Y como ciudadanos, finalmente, saquen de su vida una postrera y memorable enseñanza, á saber, que por grande, por sensato, por extenso que sea el genio de un hombre, jamás conviene entregarle los destinos de un país por completo. Ciertamente no pertenecemos al número de los que acusan á Napoleon de haberle arrancado en la jornada del 18 de bromario de manos del Directorio, entre las cuales hubiera perecido acaso; pero la conveniencia de sacarle de estas manos débiles y corrompidas no era una razon para entregarle entero á las manos poderosas pero temerarias del vencedor de Rivoli y de Marengo. Sin duda si alguna vez tiene excusas una nacion para entregarse á un hombre, á todas luces fue la Francia cuando en 1800 adoptó á Napoleon por gefe. No era una falsa anarquía con que se aspirara á meter miedo á la nacion para encadenarla de resultas. ¡Ah, de ningun modo! Miles de existencias inocentes habian sucumbido sobre el cadalso, en las cárceles de la Abadia, ó en

las aguas del Loira. De súbito habian reaparecido los horrores de los tiempos bárbaros en el seno de la civilizacion espantada, y aun despues de estar ya lejos estos horrores, la revolucion francesa no cesaba de oscilar entre los verdugos á quienes se les habia arrancado, y los emigrados ciegos y empuñados en hacer que retrocediera por entre sangre hácia un pasado ya imposible, á la par que sobre este caos asomaba amenazadora la espada del extranjero. Por entonces volvia de Oriente el joven héroe lleno de genio, que vencedor así de las cosas como de los hombres en todas partes, prudente, moderado, religioso, nacido semejaba para ser encanto del mundo. Seguramente nunca fue mas excusable entregarse á un hombre, porque nunca hubo terror menos simulado que aquel de que huian los franceses, ni hubo nunca genio mas efectivo que aquel en quien se buscaba refugio. Y sin embargo, al cabo de algunos años, este hombre prudente vuelto loco, loco de otra locura que la del año 93, aunque no menos desastrosa, sobre los campos de batalla inmolaba á un millon de soldados, y atraia á Europa sobre Francia, á la cual dejaba vencida, anegada en su propia sangre, despojada del fruto de veinte años de victorias, desolada en suma, y no teniendo para reflorcer más que los gérmenes de la civilizacion moderna depositados en su seno. ¿Quién hubiera podido prever que el hombre cuerdo de 1800 seria el insensato de 1812 y de 1813? Sí, se hubiera podido prever con hacer memoria de que la omnipotencia lleva en sí una locura incurable, la de hacerlo todo, cuando se puede hacer todo, hasta el mal despues del bien. Así, en esta gran vida en que tanto hay que aprenden



der para los militares, los administradores, los políticos, á su turno deben llegar los ciudadanos á aprender una cosa, á saber, que jamás conviene entregar la patria á un hombre, aun cuando sea de grande altura y cualquiera que sean las circunstancias. Al terminar esta larga historia de nuestros triunfos y nuestros reveses, este es el último grito que se escapa de mi corazón, grito sincero y que desearia hacer llegar al corazón de todos los franceses, á fin de persuadirles á todos de que jamás conviene enagenar su libertad, y de que, para no exponerse á enagenarla, jamás se debe abusar de ella.

## INDICE.

### LIBRO SESENTA.

#### WATERLOO.

#### PAGS.

Fuerzas reunidas por Napoleon al tiempo de abrir la campaña de 1815.—Ocupadas las plazas, provistas París y Lion de guarniciones suficientes, contenida la Vendée, le quedaban ciento veinte y cuatro mil hombres efectivos en las filas para tomar la ofensiva sobre la frontera del Norte.—Dentro de un mes juntara Napoleón otros cien mil hombres.—Así y todo se decide por la ofensiva inmediata, en primer lugar para no permitir que por el enemigo fuesen devastadas las más hermosas y más adictas provincias de Francia, y en segun-